

BARRIOS AGUILERA, Manuel, *El ciclo falsario de Granada. De los Libros plúmbeos a los Fraudes de la Alcazaba*, Editorial Comares, Granada, 2021, 438 pp. ISBN: 978-84-1369-074-2.

El comentario de esta obra me fue encomendado cuando el autor estaba disfrutando del mejor de los placeres académicos, tener en las manos un libro nuevo, y acepté de inmediato el encargo por ser quien era su autor y ser yo su lectora asidua y por la fascinación del tema que aborda. Quién iba a pensar que esta reseña se convertiría en mi homenaje personal a un compañero y colega muy apreciado, y a una trayectoria profesional impecable por su coherencia y su rigor crítico insobornable. Estas son las mismas notas que identifican al libro que comento, corolario de otras muchas publicaciones que el profesor Manuel Barrios dedicó a la cuestión de las falsificaciones y que convenientemente él mismo recuerda en la nota liminar al afirmar que “este libro pretende ser ante todo una puesta al día de la temática falsaria de Granada”. Por supuesto, no estamos de acuerdo en que sea solo eso, sino que es un análisis completo del ciclo falsario y un “ensayo comprensivo” de un fenómeno que iba mucho más allá de Granada. Solo Manuel Barrios podría hacerlo porque él había logrado reconstruir el complejísimo entramado de las falsificaciones, cuyas repercusiones actuales el autor refleja con aguda ironía en la primera parte del texto, metiéndose de lleno “en temática tan resbaladiza... con un presentismo más que evidente” utilizado por políticos y jerarcas eclesiásticos, un “empecinamiento, acaso minoritario, pero activo, de quienes permanecen fieles en la vindicación de la superchería”, movido en unos todavía hoy por “la insoportable contradicción entre razón y fe” y en otros, por un uso perverso de la historia sin más interés que el material o la vanidad de la palestra pública. E invitando —o incitando como él dice— al debate, a disentir críticamente, siendo consciente de que “el corporativismo, la comodidad, algún pequeño rencor o un extraño prurito de superioridad” eran sus principales oponentes. Solo desde la perspectiva académica y profesional de un historiador avezado en el rigor y amparado por este se puede escribir con esa firmeza.

Nos hallamos ante un libro de estructura original y rompedora, que realmente cumple su objetivo de servir de guía orientativa, bajo un estilo didáctico y divulgativo, y por eso mismo una gran parte de sus páginas están destinadas a lo que Manuel Barrios ha titulado como “propuestas para un diccionario”. Antes va una extensa y necesaria explicación, de fácil comprensión para quienes no conocieran los fabulosos hechos del ciclo falsario iniciado desde una primera fase de supuestos hallazgos de la Torre Turpiana-Sacromonte y los fraudes de la Alcazaba en 1588/1595-1598, y finalizado en 1781, cuando se imprimieron las actas del juicio que condenó las últimas expresiones de las supercherías granadinas. El segundo capítulo de esta primera parte adquiere otro carácter, el combativo, propio de un autor que ha tenido que vérselas con críticas procedentes

de quienes no tenían su mismo dominio de las fuentes y de los métodos, ni la voluntad de desprenderse de la utilidad y del atractivo de lo falso: Manuel Barrios se pregunta por el oficio del historiador y por su propia actividad como editor, no como “un ejercicio de egotismo sino como la evidencia de una postura crítica indeclinable por necesaria”. Es en esas páginas en las que se mantiene el tono firme de quien ha demostrado su superioridad intelectual, incólume a las “mitologías interesadas” frente a aquellos que, debiendo defender la verdad histórica, son “fautores y actores eclesiásticos, por supuesto, pero también colaboradores académicos, cómplices, al fin y al cabo, sea por mera omisión crítica, por pereza, por rutina o por presunta ganancia”. El retorno de los Libros Plúmbeos a Granada en 2000, después de haber sido llevados a Madrid en 1632 para su estudio y análisis y luego a Roma en 1642, para su valoración por el papado, dieron pie por entonces, y a lo largo de las últimas décadas, a un reverdecimiento de las falsificaciones, aceptadas con entusiasmo por quienes, prescindiendo de toda evidencia histórica, se apuntaron a su contenido mítico e identitario, ya no solo los grupos tradicionales de siempre, sino incluso a partidos políticos progresistas, generándose una “rápida unanimidad de instancias tan dispares”, aunque cada uno con sus propios intereses. Es este proceso de pos-retorno lo que da pie a Manuel Barrios para poner a la luz las debilidades de la fundamentación de esos sectores acrílicos y de teorías improbables como la vinculación religiosa entre islamismo y cristianismo que habría sido el objetivo de los libros plúmbeos.

La extensa segunda parte del libro es el diccionario, del que Manuel Barrios afirma que “nunca se pensó como un compendio enciclopédico de todos y cada uno de los personajes, sucesos y conceptos que pueblan la densa temática reliquio-laminar” y por eso mismo titula esas páginas como “propuestas para un diccionario”. Nada menos ajustado a la realidad de lo que constituye un verdadero despliegue de conocimientos expuestos de forma sistemática para que los lectores puedan consultar cada entrada de forma segregada, hacer una lectura continua o combinar la información de varias, e incluso encontrar información complementaria en las notas bibliográficas específicas y en el útil anexo bibliográfico final.

El diccionario se compone de seis capítulos en dos secciones. En la primera, dedicada al “ciclo a través de unas biografías con paisaje”, se recorren las trayectorias vitales de trece de los principales implicados en las falsificaciones, ya fuera como autores, consentidores o defensores, o se hubieran situado en el otro lado, el de los “contrarios”. El elenco se inicia, como no podría ser de otro modo, con el arzobispo de Granada —y después de Sevilla, don Pedro de Castro Vaca y Quiñones— bajo cuyo patrocinio lo falso devino en epicentro de una religiosidad posttridentina en la que lo emocional se imponía por la vía de las reliquias y de la evocación martirial a los fundamentos del cristianismo en una ciudad con un pasado islámico difícil de borrar. Y finaliza con Francisco Heyla, el ambersino afincado en Granada que puso el arte al servicio de la visualización de los prodigios, si bien el más tardío de los biografiados es otro

personaje fascinante, Cristóbal Medina Conde y Herrera, quien en pleno siglo de la Ilustración se convirtió en defensor de la autenticidad de las falsificaciones de la Alcazaba desde su intervención en las prospecciones arqueológicas de 1754. En cada biografía se expone el antes y el después de la intervención de los personajes en el ciclo falsario, analizando sus razones y circunstancias, lo que facilita su comprensión.

La segunda sección del diccionario tiene un carácter diferente, manteniendo la misma estructura. Se trata de siete artículos breves con su respectiva nota bibliográfica que se ocupan de episodios clave de las falsificaciones y los sitúan en su momento. Bajo el título “textos y contextos” nos hallamos con el relato de los “martirios” de cristianos viejos a manos de moriscos durante la rebelión de las Alpujarras de 1568, que tras ser “aireados por la propaganda eclesiástica del momento”, se convirtieron en la base de una mentalidad martirial útil para la actuación pastoral y evangelizadora del arzobispo don Pedro de Castro, y no menos para los herederos de los mártires, que se erigieron en una élite encumbrada económica y socialmente con la connivencia de los poderes civiles y eclesiásticos que, a su vez, los utilizaron como instrumento de dominación y perduración del sistema. En el epígrafe segundo se trata un texto singular, la disertación defensoria de las falsificaciones del Sacromonte que en 1752 se publicó bajo seudónimo cuando ya la crítica las había desbancado, y que era obra de un canónigo sacromontano, mientras que el tercero se ocupa de los escritos del “contrario irreductible”, Ignacio de Casas, un jesuita de origen morisco, evangelizador pacífico de los moriscos, conocedor del árabe, que sostuvo su opinión contraria a las falsedades granatenses. La cuestión de la praxis misional llevada a cabo desde esa abadía colegial es el fulcro de los epígrafes tercero a sexto, dada la importancia de las misiones que en el período de las falsificaciones fueron desarrolladas en la diócesis granadina por los jesuitas y después por los clérigos de la abadía, allí y en la diócesis de Sevilla; el *Libro de las Misiones del Sacromonte* es la pieza esencial en estas páginas que tienen por objeto exponer el contexto en el que las falsificaciones tuvieron su desarrollo, el de una religiosidad popular extremada en sus expresiones y significados. Por esta misma razón, la última de las entradas de esta parte se dedica a las “guerras marianas” o la postulación y defensa de la concepción inmaculada de la Virgen María llevada a cabo por el arzobispo Don Pedro de Castro; conviene recordar que en la larga trayectoria hasta la definición de ese dogma se emplearon muy diversos argumentos y estrategias, entre las cuales también tuvieron su papel las falsedades granadinas, no en vano en varios de los libros plúmbeos se defendía que “a María no tocó el pecado primero”, dando pie al entusiasmo de ese prelado: en lo que Manuel Barrios llama “paradigma castriano” de la temática sacromontana, el concepcionismo tuvo un lugar preferente y dio al arzobispo un papel nodal en esa cuestión que el autor subraya especialmente.

La última sección del diccionario se ocupa de tres cuestiones para el debate. Se trata de tres exposiciones, breves en este caso y con sus notas bibliográficas, centradas de nuevo en don Pedro de Castro y su “paradoja”, es decir, el proceso por el cual los plomos granadinos, que habrían tenido como origen ayudar a los moriscos, terminarían siendo el arma de engrandecimiento de su iglesia al que se consagró ese personaje, un hombre que combinaba sinceridad de su fe y fanatismo en función de ese objetivo, motivaciones que, como indica Manuel Barrios, no aclaran los mecanismos intelectuales por los que asumió las falsificaciones y devino en su defensor más combatiente. Los otros dos capítulos abordan el “bucle metahistórico”, sugerido ya en la parte introductoria de la obra—, la realidad del mito sacromontano y los intereses que ampara todavía, terminando con unas páginas dedicadas a las novelas, numerosas, que se han basado en estos episodios de fraude, tema que Manuel Barrios trató por extenso en obras anteriores.

El libro finaliza con una tercera parte o “guía biblio-histórica” y con un “repertorio de las temáticas falsarias”. La primera se compone nada menos que de cincuenta reseñas de obras, que reúnen publicaciones de fuentes en ediciones recientes —sobre todo, referidas a los mártires de las Alpujarras— y monografías contemporáneas entre las que se incluyen las suyas propias, sin las cuales la serie carecería de sentido.

En definitiva, esta obra última de Manuel Barrios es de lectura obligada para comprender la integridad de la compleja temática falsaria de Granada, que no se limitó a aquellos años de los hallazgos de fines del XVI, sino que su sombra se proyecta sobre la actualidad, después de haber pasado por un rebrote en el siglo XVIII, en una de esas contradicciones del periodo ilustrado, y por su revisión en el siglo XIX. Además, se propagaron mucho más allá del lugar sacralizado por el arzobispo don Pedro de Castro con la creación de la abadía del Sacromonte, mediante una legión de apologistas y de consentidores ante los cuales la crítica histórica tuvo poco que hacer durante mucho. Y eso fue así —y lo seguirá siendo— porque los mitos suelen ser atractivos en su construcción y fáciles de entender por un público sin capacidad de filtrar lo que recibía desde una elite culta y poderosa que dominaba el arte de la convicción, cuando no del miedo. Confíemos que lecciones de rigor crítico como las de nuestro desaparecido compañero sirvan para situar la verdad histórica en su lugar, aunque esta no tenga el brillo de lo falso.

*Ofelia Rey Castelao*

Universidad de Santiago de Compostela